





EL ASEO, LA FRAZADA Y EL REBOZO.

II.

Suelen decir las personas faltas de aseo, en la necesidad de hacer alarde de despreocupadas, que *el hábito no hace al monje*, y á mí se me antoja que esto del hábito revela más elocuentemente de lo que parece á primera vista, la analogía inconcusa entre las prendas de ropa y las prendas personales. Que lo que se llamó hábito tratándose de frailes, no hiciera de cada uno de los que lo llevaban un modelo de virtudes cristianas, eso es una verdad como un puño, re-

conocida en primer lugar por los señores arzobispos, y luego por cada uno de los que pudimos alguna vez apreciar las prendas personales de tales sujetos. Pero sentar como axioma que el hábito no hace al monje es un tanto cuanto aventurado é inexacto. Yo por el contrario, conozco á los monjes por el hábito, la casta de los pájaros por la pluma y á cada prójimo por su pelaje.

Las personas de la escuela de Sancho Panza que tienen un refrán á mano para objetar cuando se ofrece, me dirán que *bajo una mala capa se oculta un buen bebedor*; pero este es un refrán que equivocadamente aplican algunos á sabios sucios, ó á ricos ordinarios, cuando su sentido literal es éste: El buen bebedor gasta en beber lo que debía gastar en una capa nueva.

Y me he de salir con la mía de probar que el hábito hace el monje, aunque para ello haya de emprender un viaje, recorriendo el hemisferio boreal, para empezar por el lapón, en quien la forma humana toma toda la apariencia de la foca marina, con cuyas

pieles se confecciona un triple forro que, no obstante su espesor, deja expeditos los movimientos del cuerpo. Nada está más en analogía con la vida semi-salvaje de los habitantes del polo, que esa envoltura hirsuta. Algunos grados más y encontraremos á los habitantes de la Siberia ó de la Rusia asiática envueltos en pieles con el característico *ulster* de lana pesada; pero también el ruso está expedito en sus movimientos, no se envuelve ni se emboza. Desde la misma latitud en las posesiones inglesas de la América del Norte, hasta el Canadá y en todos los Estados-Unidos y en lo más crudo del invierno, se lleva paletó ó sobreto-do, pero nunca capa ni otro género de abrigo, y nadie usa *cachenez* ó bufanda, ni se cubre la boca para resistir el frío.

Seguimos nuestro viaje y nos encontramos en nuestra República: y empiezan los envueltos y los embozados, los arrebuja-dos y los que esconden las narices; los que dejándose dominar por el frío, esconden las manos é inutilizan los brazos; y de embo-

zado en embozado llegamos hasta el indio, que arrebuñado en la frazada, deja que se le hielen los piés descalzos; por ahí, por el talón vulnerable, es por donde el frío de la muerte ha sorprendido en el último invierno á muchos infelices.

Si después de práctica tan dolorosa y de incuria tan funesta propusiera yo que las frazadas se conviertan en paletos y los *huaraches* en botas, una carcajada general acogería mi proposición, al figurarse al *chante* de sobretodo y al pollero calzado.

Y sin embargo los habitantes de las latitudes que han aprendido á resistir el frío nos enseñan la manera de vestirse. Pero estas lecciones no pasarán á la categoría de hechos sino cuando el enfriamiento gradual de nuestro planeta y la marcha natural del progreso traigan del Norte el frío y la civilización irresistibles.

Niéguese ahora que la frazada es idiosincrática, que es peculiar de nuestra raza y descendiente en línea recta de la capa española. Debajo de la frazada que envuelve

el dorso y la mandíbula inferior de un prójimo, se abrigan cómodamente la pereza, la inacción, la ociosidad y el desaseo: es la abreviatura del traje masculino, como el rebozo es el complemento y la abreviatura del traje de las mujeres.

El rebozo es un chal escurridizo y cuya docilidad confianzuda le da el aspecto de usado desde antes de venderse. Debajo del rebozo se oculta la cabeza desgreñada, la camisa de dos semanas, la falta de abrigo para el cuello, la del corsé, la del corpiño y la de las mangas; oculta las líneas del talle, obliga al espectador á prescindir de todo examen; no es una pieza que viste, sino una funda que impide que se vea; sirve de sombrero, de abrigo y de paraguas; si llueve, la propietaria se cubre la cabeza, no para no mojarse, sino para aprovechar el agua filtrada; si hace frío, el rebozo tapa la nariz, no para abrigarse, sino para hacer la ilusión de que se defiende del frío, respirando su propio aliento; si hace calor, cae de la cabeza y de la barba; si se trabaja, no se dejan

caer las puntas; si se recibe una declaración amorosa, el rebozo se lleva á la boca con la mano: ésta es la mímica obligada del pudor; si se roba algo, lo esconde debajo del rebozo; si tiene un niño, el rebozo es cuna, vehículo y abrigo, venda, hamaca, regazo y biombo. La seducción amorosa se pone en práctica tirando del rebozo; y cuando se le quiere hacer un mal atróz á una mujer, se le priva del rebozo, que equivale á arrancar-le la coleta á un chino; si se le quiere hacer un gran obsequio, se le regala un rebozo, y cuando en la abundancia esa misma mujer quiere emplear en algo su dinero, compra un rebozo más caro que el que usa.

Muchas señoras profesan todavía al rebozo un afecto especial: surtido el guardaropa con todas las confecciones europeas, se escurre el rebozo de silla en silla con esa flexibilidad perezosa de su tejido laxo y acomodaticio, y sirve para las jaquecas, para los flatos y para el *deshabillé*. Tapa los broches que faltan, el rasgón del talle, la

varilla rota, y otras deficiencias. Sirve para estar en Tacubaya como dentro de casa, y para decir á los transeuntes «*aquí estamos establecidas*;» ahorra sombreros, lazos y otras muchas cosas costosas.

La falta de presión atmosférica y la de extremos en la temperatura; las costumbres del indio, la necesidad de vestirse de hilaza, la falta de telares de la industria europea y la índole nacional, confeccionan el rebozo y la frazada; y estas dos piezas nos dán los apuntes biográficos de los portadores, escritos por ellos mismos.

De pocos años á esta parte la gente de rebozo ha aumentado su equipo (que ellas llaman *sus trapos*) con una prenda más. Con un saquillo de indiana, y es el primer paso; el segundo es el tápalo negro, el tercero es el tápalo de color; el cuarto el talle ó corpiño, y las medias. En los hombres el primer paso es la blusa, el segundo los zapatos y la chaqueta y el sombrero más corto: Cuando llega á saco es cuando la mujer ha llegado á medias.

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTREY, MEXICO

Estos pasos se dirijen á alcanzar un siglo en el cual hayan aprendido á vestirse siete millones de mexicanos, quintuplicando, por ese solo hecho, la industria, el comercio, la producción, el consumo y la riqueza.

La obra es larga; pero por lo mismo es necesario emprenderla sin perder más tiempo, si hemos de aspirar á que la posteridad nos haga justicia.

Ya hemos probado que el principio de todo mejoramiento material y moral es el aseo, y que el primer defecto característico de nuestro pueblo es la incuria. Lavémoslo.

Para conseguirlo voy á proponer algunas bases prácticas, y á suponer que alguno me hace caso.

El artículo 1.º del reglamento de la instrucción pública será el siguiente: «*Para entrar á la escuela á recibir la instrucción, ya sea gratuita ó por estipendio, el alumno deberá presentarse aseado.*»

En el vestíbulo ó entrada de todas las escuelas primarias, secundarias y superiores, y de todos los demás establecimientos

de enseñanza, se situarán antes de la apertura de las clases, el director ó maestro, con sus ayudantes y mozo ó mozos de aseo, y los aguamaniles, toallas y demás útiles necesarios. El educando que se presente aseado recibirá una ficha y pasará inmediatamente á la clase: el que necesite asearse lo efectuará en el acto y entrará después á la clase sin recibir ficha. Estas fichas entrarán, las primeras, en el cómputo de las calificaciones personales.

Quedaré, en este término de comparación, establecido el estímulo y la recompensa, y bien marcada la diferencia entre estar aseado y no estarlo. Si esta práctica se hace extensiva á los establecimientos privados y se invita á los gobernadores para plantearla en sus Estados parece inconcuso que al cabo de algunos años habrán adquirido hábitos de aseo muchos miles de individuos, y se habrá trabajado, lenta pero fructuosamente, en pró del decoro personal y de la dignidad de los mexicanos.
